



## La escritura de la memoria en la obra de Vicente Llorens

### The writing of memory in the work of Vicente Llorens

FERNANDO VALLS

Universidad Autónoma de Barcelona

*Aprendí mucho de tu artículo sobre “Galdós y la burguesía”; y no solo por la postura de don Benito ante un segmento de la sociedad en que vivía –lo cual me parecía muy revelador– sino también [por] cómo se debe escribir sobre la literatura. Dudoso estoy sobre la crítica, tan descarnada hoy, que hasta siendo muy buena poco nos dice con respecto a la experiencia que sacamos de nuestra lectura. Llega a ser una partida de ajedrez entre los sabidos.*

Carta de Inman E. Fox a Vicente Llorens,  
4 de marzo de 1970<sup>1</sup>

**Resumen.** Una de las características más relevantes de los ensayos, las crónicas, la prosa memorialística, en suma, de Vicente Llorens es la utilización de procedimientos retóricos habituales en la ficción, quizás el más destacado sea el *retrato literario*, las microbiografías, tal y como se pone de manifiesto en sus *Memorias de una emigración* (*Santo Domingo, 1939-1945*), libro que compone barajando varios géneros y recursos literarios en un sorprendente y logrado equilibrio. A lo ante-

rior, cabe sumar el empleo de una documentación gráfica (fotos, caricaturas, cubiertas de libros o carteles) que enriquece el texto sobremedida.

**Summary.** One of the most relevant characteristics of the essays, the chronicles, the memorialistic prose, in short, of Vicente Llorens is the use of habitual rhetorical procedures in fiction, perhaps the most outstanding being the literary portrait, the microbiographies, such as it is shown in his *Memorias de una emigración* (*Santo Domingo, 1939-1945*), a book that he composes by shuffling various literary genres and resources in a surprising and achieved balance. To this, we can add the use of graphic documentation (photos, cartoons, book covers or posters) that enriches the text greatly.

A los que estudiamos Filología Española en la Universidad Autónoma de Barcelona durante la década de los setenta, en mi caso entre 1973 y 1980, si contamos los cinco años de la licenciatura y los dos del doctorado, el nombre de Vicente Llorens (1906-1979) nos resulta familiar, pues se trataba de un historiador de la literatura que aparecía en la bibliografía recomendada de distintas asignaturas, cuyos libros solían ser de lectura –si no obligatoria– imprescindible. Me refiero a *Liberales y románticos* (Castalia, 1968<sup>2</sup> [1<sup>a</sup>. 1954]); *Literatura, historia, política* (*Ensayos*) (Revista de Occidente, 1967); la ed. de Antonio Alcalá Galiano, *Literatura española siglo XIX. De Moratín a*

<sup>1</sup> Debo el conocimiento de esta carta inédita a la generosidad de Cecilio Alonso, a quien quiero mostrarle aquí mi gratitud.

*Rivas* (Alianza, 1969); *Aspectos sociales de la literatura española* (Castalia, 1974), y al primer tomo de la historia de *El exilio republicano español de 1939* (1976), dirigida por José Luis Abellán, obra de nuestro autor. En cambio, le prestamos menos atención entonces a las *Memorias de una emigración. Santo Domingo, 1939-1945* (Castalia, 1975), quizá porque nos parecía demasiado concreto y ceñido a un solo país, que entonces apenas nos decía nada.

Entre nuestros docentes, sus mayores valedores eran Sergio Beser, valenciano como Llorens, y José-Carlos Mainer, aunque tampoco deba olvidarse que Francisco Rico incluyó en la colección de *Textos Hispánicos Modernos*, que dirigía en la editorial Labor, su antología de Blanco White, fechada en 1971. Para los estudiantes de entonces, en general jóvenes inquietos desde el punto de vista intelectual y político, la relación entre la literatura y la sociedad, la estrecha vinculación de las artes con la Historia nos interesaba sobremanera, sin que por ello dejáramos de lado los aspectos formales y lingüísticos del hecho literario, que habíamos aprendido en los formalistas rusos (Sklovsky, Tinianov, Jakobson, Tomachevski...) y en los estructuralistas che-

cos de la Escuela de Praga, pero también en críticos y filósofos como –por ejemplo– el norteamericano Lionel Trilling; y junto a ellos, los de tradición marxista, como Lukács, el checo Karel Kosík<sup>2</sup>, Gramsci y Althusser. El caso es que Castalia, Cátedra y la citada de Labor, sus cuidadas ediciones, con prólogo y notas, garantizaban el interés de los libros que aparecían en sus respectivas colecciones de clásicos.

Todos los estudiosos de la obra de Vicente Llorens han constatado que, tras el exilio<sup>3</sup>, su vida y obra se hallan completamente imbricadas; o como ha señalado Guillermo Carnero: “No hay una zona erudita y otra meramente testimonial en la obra del profesor Llorens (...); están íntimamente relacionadas entre sí. Sé que él es partidario de una interpretación ‘vivencial’, por así decirlo, de la historia”, en la estela de las ideas de su maestro Américo Castro (Ramírez Aledón en Aznar Soler y Durán López, 2017: 43). De hecho fue el autor de *España en su historia* quien en 1950 se lamentaba de que no se hubieran escrito libros de valor sobre los países que los habían acogido, lo que debió ser otro acicate más para Llorens a la hora de escribir su libro<sup>4</sup>. En cambio, me parece que no se ha insistido lo suficiente, hasta donde

---

<sup>2</sup> En el tercer curso de la carrera, 1976-77, en la asignatura de Crítica literaria que impartía Enric Sullà, leímos con sumo interés su *Dialéctica de lo concreto* (1963), en la traducción de Adolfo Sánchez Vázquez, publicada en México por Grijalbo en 1967.

<sup>3</sup> Como casi todos los refugiados españoles, Llorens solía utilizar la palabra *emigración*, en vez de *exilio*, que es el concepto que ha acabado imponiéndose.

<sup>4</sup> Cf. Jorge Guillén y Américo Castro, *Correspondencia (1924-1972)*, Fundación Jorge Guillén y Universidad de Valladolid, Valladolid, 2018, p. 143.



yo alcanzo, en el modo en que, para componer tanto sus trabajos de historia literaria como los memorialísticos y –digamos– los ensayos, se vale de algunos procedimientos retóricos propios sobre todo de la ficción<sup>5</sup>. Así, podría afirmarse que si Max Aub y otros autores, se valieron de los mecanismos de la biografía ficticia (*Vida y obra de Luis Álvarez Petreña*, *Jusep Torres Campalans* e incluso la *nonnata* dedicada a Luis Buñuel) para armar una cierta autobiografía, no en vano las biografías noveladas estuvieron de moda durante los años veinte y treinta del pasado siglo, Llorens utilizó la historia literaria para componer una crónica que tenía mucho de memorias personales. En la primera obra citada de Aub, aparece un dibujo del protagonista que parece ser que estaba inspirado en Llorens, aunque en la ficción se diga que el autor dibujó al natural a su criatura: “¡Y dibujé su retrato en una servilleta de papel, en un café, una noche, en Madrid

(...) Lo reprodujeron las dos primeras ediciones”<sup>6</sup>. Llama la atención, además, las oscilaciones de su firma: Vicente o Vicent, por lo que se refiere al nombre; Lloréns o –en valenciano– Llorens, e incluso Llorens Castillo, como figura en la edición mexicana de *Liberales y románticos*, la primera de este libro, y algunos de sus primeros artículos. Nosotros optamos por Vicente Llorens, según parece que era su deseo.

Pero Andrés Amorós y, en 1979, Ricardo Gullón (“El arte de contar era en él innato, y bien se trasluce en sus escritos (...) Quien lea *Memorias de una emigración...* [1975] advertirá pronto su carácter conversacional, memorias que el autor redactó como si estuviera contándolas (y esto acaso sea el mayor encanto de la obra)”, en Aznar Soler y Galiana Chacón (2006: 94), como luego Cecilio Alonso y Amparo Ranch (2003b: 110)<sup>7</sup>, Clara Lida (2002: 168 y 169), su discípula en Princeton y, citándo-

---

<sup>5</sup> No se trata de un caso único, pues, recuérdese que Ricardo Senabre y Gonzalo Sobejano estudiaron la lengua y la utilización retórica propia de la ficción narrativa en los ensayos de Ortega y Gasset. En la correspondencia que hemos citado en la nota anterior, Jorge Guillén pondera el estilo de don Américo, *op. cit.* p. 109. Por tanto, podría establecerse una tradición de filólogos e historiadores de la literatura –podría sumarse en la generación siguiente Claudio Guillén (su memorable *El sol de los desterrados: literatura y exilio*, de 1995, está dedicado “A la memoria de Vicente Llorens”)- que a su vez cultivaron una prosa ensayística de gran calidad, precisión y amenidad.

<sup>6</sup> Cf. Joan Oleza recuerda (en Max Aub, *Obras completas IX-B. Vida y obra de Luis Álvarez Petreña*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid, 2019, pp. 18, 31, 50, 174, 207 y 272) que Aub y Llorens fueron amigos de juventud y que tuvieron un emocionante reencuentro en México, en 1958, que el primero rememora en sus *Diarios (1939-1972)* (Alba, Barcelona, 1998, p. 296. Ed. de Manuel Aznar Soler): “Vicente Llorens. No nos vemos desde el 36. Se nos van las horas, arracimadas en nombres vivos y muertos. Blanco White. Marchena. ¿Qué otros emigrados españoles bucearán aquí en busca de nuestros rastros? Se va, mañana, a Alemania, regresa a Edmonthorpe. Hasta la vista. ¿Cuándo?”. Y se refiere de nuevo a Llorens tras su paso por Princeton (*Nuevos diarios inéditos [1939-1972]*, Renacimiento, Sevilla, 2003, pp. 246 y 428. Ed. de Manuel Aznar Soler).

<sup>7</sup> Cecilio Alonso y Amparo Ranch comentan, al respecto: “Aub y Llorens vinieron a coincidir en el método narrativo de sus respectivas escrituras. La crónica novelesca unánimista del laberinto aubiano, plagada de personajes

los a todos ellos y añadiendo nuevas consideraciones, Manuel Aznar Soler (Llorens, 2006a)<sup>8</sup>, han llamado la atención sobre la forma de Llorens de conjugar lo histórico con lo biográfico y, de manera específica, “su experiencia vital como desterrado” (Lida, 2002: 159 y 161), a veces mediante los procedimientos y mecanismos propios de la ficción. No en vano, Llorens tiene clara conciencia de que el exiliado no padece solo por la ruptura de la continuidad<sup>9</sup> sino también por el impacto que la nueva morada produce en su expresión lingüística. Incluso aquellos que recalaron en un país de habla hispana necesitaron proteger y alimentar su propia lengua. A este respecto, comenta Clara Lida que, según nuestro autor, “solo quienes tienen conciencia de este proceso pueden, por miedo a perder la propia lengua, luchar por defenderla, enriquecerla y alimentarla, dándole una vitalidad y un brillo que no alcanzaba antes del exilio” (2002: 164). En este contexto, debe leerse el artículo que en 1952 le dedicó a un poema de Pedro Salinas, de *Todo más claro* (Llorens, 2006b: 155-166), así como las varias consideraciones que Llorens hace sobre el uso de la lengua, empezando por “la distancia que separaba la retórica ofi-

cial de la realidad política” (p. 189). El lenguaje es, además, motivo de reflexión por diversas razones: la convivencia en el país de arcaísmos y de términos de la modernidad, procedentes de Estados Unidos, así como de la invención de un léxico imaginativo y consolador, como ocurría con la utilización de la palabra *hielito* para designar ese mínimo frescor matinal en un país muy caluroso; la habitual designación de la gente con apodos, pues incluso uno de los presidentes que tuvo la República era conocido por todo el mundo como *Don Pipí*; o la utilización de un lenguaje en clave para evitar la censura postal (Llorens, 2006a: 78, 94, 160, 161 y 174).

Que tenía excelentes dotes de narrador no solo se muestra en sus libros, sino también en otros testimonios escritos que se conservan, como en los retratos que traza del músico Andrés Segovia y de Américo Castro; en su confrontación entre la cultura romana y la germánica y en la comparación que traza entre el asedio de Madrid y el de Barcelona durante la guerra civil (Llorens, 2006a: 181-197 y, sobre todo, 217-221; y Aznar Soler y Galiana Chacón, 2006: 20-22 [para el retrato de Andrés Segovia], 23, 24 y 42-44 [para Madrid y Bar-

---

que giran vertiginosamente, y de diseños rápidos de escenas, es, en el fondo, un mosaico narrativo de la misma naturaleza que las crónicas de la emigración de Llorens, una historia empiriocrítica que identifica constantemente a sus protagonistas con los nombres propios necesarios para que se mantenga humana, sin renunciar en ningún momento a considerar la relación dialéctica entre causas y efectos”.

<sup>8</sup> Aduce Aznar Soler otras referencias de J.F. Montesinos y Nicolás Sánchez Albornoz, quienes también alaban el estilo de Llorens (Llorens, 2006a: 56).

<sup>9</sup> Vid. Bauló Doménech (2003: 17 y 18).



celona durante la guerra]). Si se comparan los dos artículos que le dedica a Américo Castro, en 1971 y 1973, respectivamente, recogidos en el volumen preparado por Aznar Soler en el 2006, aunque ambas semblanzas compartan un tono conmemorativo, en el trabajo en que se ocupa de los años de Princeton traza un panorama más general, e incluso desmitificador, de la célebre institución norteamericana, mientras que el segundo, sobre el Américo Castro conversador, podría incluirse en la antología más exigente de ese género que solemos llamar *retrato literario*.

En esta ocasión, voy a centrarme sobre todo en sus *Memorias de una emigración. Santo Domingo, 1939-1945* (1975)<sup>10</sup>, publicado por Ariel en su colección *Horas de España*; aunque cite siempre la ed. de Manuel Aznar Soler en la *Biblioteca del exilio* de la editorial Renacimiento, fechada en el 2006; sin perder de vista el estudio de Llorens sobre *La emigración republicana* (1976), pues son dos libros que –según Clara Lida (2002: 165)– se complementan, llegando a componer un gran fresco sobre el exilio republicano español. A ellos podríamos sumar ahora sus *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939*, también editados por Aznar Soler en la misma colección durante el 2006.

En el prólogo del volumen de 1975, Llorens nos advierte que más que, de un libro de historia, se trata de unas *memorias*, como el título anticipa, o mejor aún, de una *crónica*, y por tanto de *literatura*, compuesta sobre la base de sus recuerdos personales, de conversaciones con otros protagonistas de los hechos relatados, por lo que reconoce de antemano que su visión es personal y, por tanto, pueda ser parcial, subjetiva e incompleta. En su “Perfil literario de una emigración política”, publicado en 1974, distingue entre aquellas “memorias que tienen valor como testimonio histórico” y las “autobiografías de carácter más literario”. En su libro conviven en armonía ambos tipos (Llorens, 2006b: 276 y 277).

Pero para entender al Llorens de Santo Domingo, habrá que tener en cuenta que procedía de la élite intelectual de la Románica, en la que había empezado a formarse, aunque esa trayectoria impecable se frustrara, al menos temporalmente, con la guerra y el exilio. Y a pesar de ello, logró adaptarse a las nuevas y difíciles circunstancias, hasta que pudo ingresar de nuevo en la élite intelectual del Hispanismo, primero en Puerto Rico y luego en los Estados Unidos. Recuérdese, además, la idiosincrasia de Llorens, que vivió el fascismo en Italia, el nacionalsocialismo en Alemania,

---

<sup>10</sup> La recepción crítica de la ed. de 1975, la primera, fue modesta, y su venta –según el editor– “regular: no es un gran éxito ni tampoco un fracaso”, unos 1.200 ejemplares, que luego se ampliaron en casi 200 más. La única reseña que nos consta que tuvo fue la de Albert Manent, quien se había ocupado de los exiliados catalanes, junto a una nota anónima aparecida en *Cuadernos para el Diálogo* (Aznar Soler, en Llorens, 2006: 13).

la derrota en la guerra civil española, así como el exilio y la dictadura de Trujillo. Experiencias insólitas y difícilmente comparables con las de la mayoría de sus contemporáneos.

En el índice del volumen se visualizan muy bien no solo las materias que van a tratarse, sino también el orden y la forma en que las agrupa. Así, la primera de las dos partes en que divide el libro la dedica a la llegada y a las impresiones iniciales, así como a las ocupaciones de los emigrados, distinguiendo a los “pintores y escritores” del resto. Los últimos capítulos los destina a la vida dominicana, la presencia de España y la dictadura de Trujillo, cerrándose esta sección con el recuerdo de tres víctimas españolas de la tiranía. En la segunda parte del libro, se ocupa de los escritores, ensayistas, historiadores y juristas, así como de las diversas publicaciones que sus trabajos generaron en periódicos, revistas y libros. Además, tanto el apéndice bibliográfico como el índice onomástico, que con frecuencia echamos de menos, resultan aquí de suma utilidad. Así, resulta fácil saber que los más citados, aunque no sean siempre a los que más atención se les preste, son: José Almoina Mateos, de quien Llorens nos proporciona un ajustado resumen de su trayectoria vital (pp. 205-212); Jesús de Galíndez (sobre su estancia en la isla, su desaparición y muerte, *vid.* las pp. 199-203), Granell, Javier Malagón, Serrano Poncela, Trujillo y Vela Zanetti. De al-

gunos de ellos nos ocuparemos más adelante.

La voz que se impone en el libro es la del narrador y autor, pues ambas coinciden siempre, como suele ser habitual en el ensayo, la crónica, las memorias y el aforismo, destacando el estilo, el tono peculiar de Llorens, la misma selección del material, las digresiones que hace, su manera –en suma– de observar la realidad. Se detiene a menudo en los aspectos humanos: la generosidad de algunos exiliados, como Granell y señora, sus costumbres, la manera de vestir o las formas de relacionarse, y por supuesto su contribución intelectual.

Podría decirse que Vicente Llorens llegó a Santo Domingo por casualidad, pues en 1939, cuando ya se había perdido la guerra, pretendió viajar a México en una de las expediciones organizadas por el SERE (Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles), organismo donde trabajó en la sección de prensa, mientras esperaba la ocasión de poder trasladarse a América. Por las cartas que entonces le dirigió a Eduardo Ranch, que son oro molido, sabemos también que barajó la posibilidad de instalarse en los Estados Unidos, en Cuba e incluso que quiso optar a un lectorado en Suecia, para lo que contó –en este último caso– con una carta de recomendación de Juan Larrea. Sea como fuere, al no haber fecha prevista para una nueva expedición a México (parece ser que el Comité español de evacuación no lo había incluido en junio “por no estar afiliado a partido po-



lítico alguno”<sup>11</sup>), y presentarse en cambio la posibilidad inmediata de trasladarse a Santo Domingo, los Llorens embarcaron en el trasatlántico Flandre el 25 de octubre de 1939, en el puerto francés de Saint-Nazaire, llegando a Ciudad Trujillo trece días después, el 7 de noviembre.

Pero quién era Vicente Llorens a finales de 1939, cuando contaba 33 años. Había nacido en una familia valenciana conservadora, pues su padre mantuvo buenas relaciones con el régimen franquista, aunque no por ello lograra impedir que persiguieran a su hijo Carlos por su militancia izquierdista. Vicente Llorens concluyó su licenciatura en Madrid, en la denominada Universidad Central, en 1926, y ese mismo año se incorporó como lector en la de Génova, donde lo había precedido Juan Chabás y lo seguiría poco después Juan Ramón Masoliver, permaneciendo en Italia hasta 1929, en pleno auge del fascismo italiano. Allí conoció a su primera esposa, Lucía Chiarlo, una argentina de origen italiano, con la que se casaría en octubre de 1936. Todavía en 1929, tras abandonar Génova, ocupó otra plaza de lector en la Universidad de Marburgo, aunque solo durante un curso, pues después se incorporaría a la de

Colonia, donde llegó a trabajar a las órdenes de Leo Spitzer, hasta que este no solo fue expulsado de su cátedra en 1933, tras la llegada de Hitler al poder, sino también privado de sus derechos ciudadanos<sup>12</sup>.

De la misma forma que Génova fue para Llorens todo un descubrimiento, y en Marburgo llegó a encontrarse cómodo, nunca consiguió adaptarse a Colonia (la califica de “¡fea ciudad!”), pues en ella se sintió solo, sin conseguir hacer amigos (“después de tres años que estoy aquí no tengo aún lo que se dice un amigo”), y donde su único entretenimiento fue tocar la guitarra, como le cuenta en una carta a Eduardo Ranch, aunque coincidiera con el francés Raymond Aron (1905-1983), luego convertido en un periodista y filósofo notable, quien le proporcionó un aval para poder viajar a México, respondiendo de su honorabilidad. Dio clase en La Sorbona y en el Collège de France, y en 1983 publicó sus *Memorias*. Así, se lamenta: “cada día me es más incompatible esta vida y esta cultura”; “Alemania es, aún, un pueblo bárbaro”; “los profesores –pagados como ministros– obstruyen con su dogmatismo (...) todo resquicio de sensibilidad libre y creadora. El encasillamiento de la cultura

---

<sup>11</sup> Tal y como se lamenta en una carta a Pedro Salinas, del 3 de julio de 1939, citada por Ramírez Aledón (Aznar Soler y Durán López, 2017: 42).

<sup>12</sup> El romanista vienés Leo Spitzer (1887-1960) fue profesor en la Universidad de Marburgo (1925) y de allí se marchó a la de Colonia en 1930, pero al llegar Hitler al poder en 1933 y ser apartado de la docencia, aceptó un puesto de profesor en Estambul, haciéndose cargo del programa de enseñanza de lenguas modernas. Desde Turquía se marchó a los Estados Unidos en 1936, donde ocupó durante el resto de su vida la cátedra de Lenguas Románicas en la Johns Hopkins. En los años en los que Llorens trabajó con él en Colonia, las grandes obras de Spitzer aún estaban por llegar.

me parece la aberración máxima. Y aquí sólo este saber burocrático tiene voz. A los ‘espontáneos’ no se les hace el menor caso (...) Como ves, algo monstruoso”. Estas impresiones negativas lo llevan también a formular algún juicio apresurado, como cuando afirma que “desde Goethe no hay en Alemania una novela legible” (Aznar Soler y Galiana Chacón, 2006: 23, 24, 27 y 30), olvidándose nada menos que de Theodor Fontane (*Effi Briest*, 1896; Samuel Beckett lo consideraba su libro favorito), Thomas Mann (*Los Buddenbrook*, 1901; y *La montaña mágica*, 1924), Heinrich Mann (*Profesor Unrat*, 1905, luego *El ángel azul*), Alfred Döblin (*Berlin Alexanderplatz*, 1929) o Robert Musil (*Las tribulaciones del estudiante Törless*, 1906), y esto por no acudir a Kafka, dada su condición de praguense, ni hacer tampoco una lista demasiado extensa. Sea como fuere, de su estancia en Colonia lo que no consiguió olvidar nunca fue la quema de libros, que no debe confundirse con la denominada *noche de los cristales rotos*, ocurrida en 1938<sup>13</sup>. En cambio, durante estos años empezó a preparar las oposiciones a una cátedra de alemán de Instituto de Bachillerato en España, pues aspiraba a ocupar una plaza en una ciudad importante, empeño que le hubiera resultado más difícil con la lengua y la literatura española.

Llorens se había formado en el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Ramón Menéndez Pidal, aunque en su caso estuviera a la sombra de Américo Castro, por lo que, cuando regresa a Madrid en 1933, pasó a trabajar en la Sección de Literatura del Centro, formando parte de la redacción de la revista *Índice Literario*. A su vez, José Castillejo lo contrató como profesor de la Escuela Internacional Plurilingüe, de la que Llorens llegó a ser director, permaneciendo en esta labor hasta el estallido de la Guerra Civil. En la Escuela trabajaron asimismo como profesores el musicólogo Eduardo Ranch, su hermano Carlos Llorens y el poeta José Antonio Muñoz Rojas, entre otros, mientras que fueron alumnos suyos Soledad, *Solita*, y Jaime Salinas, así como los hijos de Andrés Segovia, el célebre concertista de guitarra con quien mantuvo una duradera amistad.

En 1936 Llorens era militante del PSOE y, al estallar la guerra, se incorporó al Ejército republicano, participando en la defensa de Madrid, hasta ser destinado a labores de comunicación e inteligencia, y en calidad de censor en su batallón. Se traslada a Valencia siguiendo al gobierno republicano, siendo nombrado intérprete del general socialista austriaco Julius Deutsch y ascendido a teniente de carabineros. En octubre de 1937 llega a Barcelona con el gobierno de Negrín,

---

<sup>13</sup> Recordaba que “a las puertas de la universidad de Colonia vio quemar, entre desfiles, himnos y discursos triunfales, obras maestras de la literatura alemana. Allí y en otras partes conoció la persecución política, la delación personal y la represión ideológica como parte del sistema organizado para subyugar al discrepante o aniquilarlo” (Llorens, 1974: 5 y 6).



siendo destinado al Ministerio de Defensa, donde desarrolla labores de inteligencia. Allí entabla amistad con el pintor Vela Zanetti y con el filólogo Joan Corominas, también miembros del ejército. Y en 1939 Llorens estuvo entre los últimos perdedores de la guerra que cruzaron la frontera francesa. En una carta fechada en París, el 12 de diciembre de 1939, dirigida a su amigo cubano Raúl Maestri Arredondo (1908-1973), con quien había coincidido en Colonia, comenta que “un ser humano, liberal, cristiano e individualista como yo, adorador nostálgico hoy precisamente más que nunca de la Grecia de Temístocles y de la Europa de Byron y Lamartine, tiene ya muy poco que hacer en el mundo. Se vuelve al dogma intransigente, a la masa feroz, a la infrahumanidad” (Lida, 2002: 149; y Aznar Soler y Galiana Chacón, 2006: 34-37 y 49-52).

Y aunque hubiera militado en el socialismo, Llorens se define así mismo *liberal*, como Pedro Salinas, Jorge Guillén, Francisco Ayala y J.F. Montesinos. Sin embargo, a pesar de que su posición política en favor de la República fuera siempre inequívoca, no parece improbable que Llorens hubiera acabado decantándose por eso que ahora suele denominarse *la tercera España* (Gaziel, Madariaga, Juan Ramón Jiménez, Chaves Nogales o el editor Josep Vergés, son los nombres que suele aducir Trapiello), aunque en su caso no suponga equidistancia alguna respecto a los dos bandos en lucha. Max Aub, en cambio, por compararlo con alguien con quien se sentía afín, fue siempre socialista, de la facción de Negrín, al margen de que el partido lo expulsara de forma arbitraria. No puedo compartir la tesis de Trapiello de que no hubo dos Españas, sino tres, y que esta tercera fuera la mayoritaria, la que se vio envuelta en una masacre sin quererlo, pues a la inmensa mayoría de los españoles se les obligó a elegir un bando. Sería necesario ponderar y matizar las razones de su comportamiento en cada uno de los casos, para ver quién estaba con quién y bajo qué circunstancias, pues no fueron las mismas en todos ellos, ni durante la guerra ni tampoco en el largo exilio. Por tanto, si entramos en esa lógica, no hubo tres Españas, sino algunas más; aunque en esencia creo solo hubo dos, la de aquellos que defendían la legalidad republicana y la de quienes eran partidarios del golpe de estado y de las consecuencias que trajo consigo la Victoria. Para Trapiello, las dos Españas aparecen representadas por el Partido Comunista y por Falange, cosa que tampoco resulta cierta del todo, pues -por ejemplo- me parece que no fueron esas las dos Españas de Machado (Trapiello, 2019: 19, 21, 80, 123, 195, 246, 473, 517, 579 y 619)<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Desde el catalanismo pro independentista, también ha utilizado el concepto el padre Hilari Raguer, *Tres catalanes de la tercera Espanya*, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, Barcelona, 2018, para referirse a Carrasco i Formiguera, Domènec Batet y Vidal i Barraquer.

Pero regresemos a Santo Domingo. Dos meses después de llegar a Ciudad Trujillo, en enero de 1940, Llorens es contratado por la Universidad como catedrático “especial” de Literatura Española, con un sueldo de 100 pesos (o dólares) al mes, cuando el alquiler de una casa costaba unos 20 y la manutención otro tanto, aunque el 10% de ese salario hubiera que entregarlo obligatoriamente al partido gobernante. Aun así, al comenzar la Segunda Guerra Mundial la moneda local se devaluó y perdieron mucho poder adquisitivo. El caso es que Llorens no tuvo más remedio que completar su sueldo con traducciones, como la que le encargó entonces el F.C.E., de México. Su estancia en la isla se prolongó hasta 1945, cuando Pedro Salinas, otro de sus mentores, lo invitó a formar parte del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, en su recinto de Río Piedras, donde el poeta permanecía entonces como profesor invitado. Los siguientes pasos de nuestro autor lo llevarían a los Estados Unidos, a la Johns Hopkins University de Baltimore, donde coincidirá con dos de sus antiguos maestros, Leo Spitzer y Pedro Salinas, y con el joven Juan Marichal, casado ya con *Solita* Salinas. En Aznar Soler y Galiana Chacón (2006: 67) se recoge una

foto memorable, sin fechar, tomada en dicha Universidad, en la que aparecen Jorge Guillén, Spitzer, Salinas y Vicente Llorens. Finalmente, en 1949, lo contrata Princeton, donde se reencuentra con su viejo maestro Américo Castro, y donde Llorens, con el paso del tiempo, acabaría jubilándose<sup>15</sup>.

Pero no todo fueron noticias gratas, ni muchos menos, pues durante los años dominicanos le llegó a Llorens la noticia de la detención en Madrid de su hermano Carlos, algo más joven que él, de profesión arquitecto, por sus actividades como militante del PCE. El caso es que cuando iba a ser fusilado, la sentencia le fue conmutada, si bien tuvo que permanecer un tiempo en prisión. Unos años después, en 1957, falleció la esposa de Vicente Llorens, tras una larga enfermedad que la mantuvo completamente impedida, pero en 1962 se casó en segundas nupcias con Amalia García.

En esos cinco años que vivió en Ciudad Trujillo (1939-1945) comenzó a despertarse su curiosidad por la historia de los exiliados españoles, de la que él mismo había empezado a formar parte, con conciencia de ser un eslabón más de una larga y pesada cadena que él consideraba que se había iniciado nada menos que con Rodrigo Díaz de Vivar. Creo que el primer fruto de este interés

---

<sup>15</sup> En otra carta de Inman Fox a Cecilio Alonso, fechada el 27 de mayo de 1995, de la que el destinatario ha tenido la amabilidad de proporcionarme una copia, además de alabar las dotes de Llorens como profesor, comenta que “Princeton era el eje de la flor y nata de los exiliados: [Américo] Castro, Paco Ayala, Guillén (padre e hijo), [Eugenio F.] Granell, la familia García Lorca, [Ángel] Del Río, etc”. Este testimonio es otra prueba más de las tupidas redes de amistad que van tejiéndose entre profesores y escritores, pero también entre romanistas e hispanistas, para compartir y defender intereses personales y profesionales comunes.



fueron los artículos dedicados a la “Poesía española del destierro”, que aparecieron publicados en la revista *Democracia*, entre diciembre de 1942 y febrero de 1943. En ellos (se reproducen en: Aznar Soler y Galiana Chacón, 2006: 57-62) se ocupaba de El Cid, Enrique Gómez, autor hebraizante del XVII, y del Duque de Rivas<sup>16</sup>.

Al reconstruir años después su estancia en Santo Domingo, Llorens no solo se valdría de sus propios recuerdos, sino que apelaría también al testimonio de aquellos amigos que compartieron el destierro con él, tales como Javier y Helena Malagón, el citado Supervía y Guillermina Medrano, o Eugenio F. Granell y su esposa Amparo. A estos últimos los había conocido en 1941. Además, gozó de la amistad de Enrique Casal Chapí y José Vela Zanetti. Pero en ese libro, en que baraja con suma discreción diversas experiencias, “evoca (...) sus recuerdos personales, sus alegrías y sus tragedias, entrelazando así lo individual y lo colectivo, la Historia, con mayúscula, y la autobiografía individual” (Lida, 2002: 168). Entre otras muchas actividades, Llorens dirigió en 1940, en el Teatro Univer-

sitario, un montaje de *La dama boba*, de Lope de Vega, con decorados de Vela Zanetti y dirección musical de Enrique Casal Chapí, en el que Galíndez<sup>17</sup> hacía el papel de Pedro, lacayo de Laurencio.

A finales de 1940 viaja a Cuba y, en una entrevista que concede, afirma lo siguiente: “esta emigración puede tener en la cultura americana una fecunda influencia, al poner en contacto, por primera vez, a núcleos de intelectuales españoles con los latinoamericanos”; como así ocurrió, aunque no siempre llegaran a entenderse y colaborar. El caso es que sus adversarios dominicanos aprovecharon esta estancia de Llorens en La Habana para pedirle a Trujillo que lo destituyera, alegando que era el cabecilla en la universidad de los antitrujillistas. Lo salvó el hecho de que la persona que propusieron para que lo sustituyera, una profesora del país, no gozaba del aprecio del dictador.

Voy a detenerme ahora en el tratamiento que les concede Llorens a tres importantes personajes con los que llegó a coincidir en Santo Domingo. Se trata del pintor y escritor Eugenio F. Granell (1912-2001)<sup>18</sup>; el ensayista y narrador Segundo Serrano Pon-

---

<sup>16</sup> *Democracia* fue la revista más importante que fundaron los exiliados españoles en Santo Domingo, al cuidado de republicanos y socialistas. Aparecieron sesenta y nueve números entre 1942 y 1945. En su segunda época (1942-1944) estuvo dirigida por José Campa y por el abogado valenciano Rafael Supervía, amigo de Llorens. *Vid.* la entrada de OG [Olga Glondys] sobre Vicente Llorens (Aznar Soler y López García, 2016: 180 y 181).

<sup>17</sup> Jesús de Galíndez es el protagonista de la novela de Manuel Vázquez Montalbán, *Galíndez* (1990), a la que volveremos a referirnos más adelante. La dictadura de Trujillo es también materia novelable en *La fiesta del chivo* (2000), de Mario Vargas Llosa.

<sup>18</sup> Sobre la obra literaria y artística de Granell, *vid.* Estelle Irizarry, *La inventiva surrealista de E.F. Granell*, Ínsula, Madrid, 1976; los catálogos *Eugenio Granell*, Diputación Provincial, La Coruña, 1994; el monográfico de *El Extramundi y los papeles de Iria Flavia*, IV, núm. XIII, 1998; VV.AA., *Granell. El arte de la conversación. El último surrealista*

cela (1912-1976) y el pintor José Vela Zanetti (1913-1999). Al primero se refiere en diversos momentos del libro (en especial, en las pp. 243-253 y 326-328), subrayando su actividad poliédrica, como músico, periodista, pintor, escenógrafo, cartelista, ensayista y escritor de ficción, poeta y cultivador de todos los géneros narrativos, como autor –Llorens destaca, sobre todo– de *La novela del indio Tupinamba* (1959), el único relato –de tintes surrealistas sobre la guerra civil, y de *Lo que sucedió...* (1968), también novela. Granell se instaló primero en la colonia agrícola de Dajabón y luego pasó a residir en la capital. El caso es que llegaron a convivir en el mismo barrio, y casi en la misma calle, además de Granell y Llorens, Vela Zanetti y Casal Chapí (en cuya casa se celebraban veladas musicales y “tertulia a la española”) y, algo después, Serrano Poncela. Cuando Granell llegó a Santo Domingo, era violinista y, como tal, fue contratado por Casal Chapí para tocar en la Orquesta Sinfónica Dominicana, pero en 1941 descubrió su vocación de pintor, mientras trabajaba de periodista en el diario *La Nación*, como encargado de sus páginas literarias y artísticas, donde llegó a entrevistar a Breton, tras visitar este la

isla en mayo de 1941, alternando todo ello con la creación literaria. Si bien su primer intento de ganarse la vida fue fabricando juguetes de madera con su esposa (a imitación, quizá, de los que hacía su amigo Joaquín Torres García), cosecharon escasa fortuna, pues carecían del prestigio de que gozaban los juguetes importados, por lo que acabaron obsequiándoselos a los hijos de los refugiados menos pudientes. Por este rasgo de generosidad, una agrupación de obreros españoles en los Estados Unidos le envió como compensación 25 dólares, como recuerda Llorens quizá con un punto de sorna (2006: 119)<sup>19</sup>.

La primera exposición de Granell, que data de 1943, se inscribía en la estela del surrealismo, estética que –con los matices que se quiera– cultivó también en su literatura, conjugándolo con lo simbólico y poético, tal y como apreciaron sus primeros críticos, entre los que se contaban Pedro Salinas o Serrano Poncela. Llorens lo considera “el humorista del surrealismo español en el destierro”, tras haber definido antes a Juan Larrea como “el místico”. El hecho de que ni su nombre ni el del poeta chileno Alberto Baeza Flores figuraran al frente de la revista *La Poesía Sorprendida*

---

español, Fundación Eugenio Granell, Santiago de Compostela, 2002; y *Eugenio Fernández Granell*, Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas, Madrid, 2003. Y sobre Granell y Vela Zanetti, *vid.* Javier Pérez Segura, “Otros horizontes del exilio español: los países del Caribe y Estados Unidos”, en el catálogo VV. AA., *Después de la alambrada. El arte español en el exilio. 1939-1960*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2009, pp. 178-185.

<sup>19</sup> Llorens relata otro caso semejante de generosidad protagonizado por el doctor Agustín Cortés, de ideología socialista, a quien le tocaron 2.000 dólares en la lotería y se los entregó a un grupo de emigrados enfermos para que pudiera ser tratado en México (2006: 157 y 158).



(1943-1945), como principales animadores de la misma, se debe a que los extranjeros tenían prohibido dirigir publicaciones periódicas. Además, Granell colaboró con Vela Zanetti como decorador en las representaciones del teatro de guiñol celebradas en el Instituto Escuela creado en 1941 por Guillermina Medrano, esposa de Supervía. También fue autor de otras escenografías y carteles para diversas representaciones dramáticas (Llorens, 2006a: 110, 111, 119, 120, 146, 178 y 239).

Segundo Serrano Poncela también aparece en numerosas ocasiones, se centra en él en las páginas 263-271, y aunque omite su intervención en las sacas de Paracuellos, que se llevaron a cabo entre noviembre y diciembre de 1936, Llorens comenta que a principios de 1937, cuando lo vio por primera vez en Valencia, “había desaparecido de la escena política como dirigente”. Recuérdese que Serrano Poncela ocupaba el cargo de delegado de la Consejería de Orden Público en la Dirección General de Seguridad de la Junta de Defensa de Madrid. Llorens constata su aislamiento, el alejamiento de los militantes de su partido, las Juventudes Socialistas Unificadas y luego el PCE, y el ostracismo en que vivió, hasta el punto de que tuvo que trasladarse a Santiago de los Caballeros, la segunda ciudad de la República, donde trabajó como redactor en el diario *La Información* y en cuya imprenta aparecería su primer libro. Antes, al referirse Llorens a la prohibición que pesaba sobre los refugiados españoles de

intervenir en política, muestra su sorpresa y consternación ante los juicios que emitió Serrano Poncela durante la conferencia que pronunció en el Ateneo Dominicano, pues entonó un ‘himno al nazismo’ y ‘afirmó con acentos místicos la misión providencial de Hitler’, en unos momentos en que el ejército alemán iba a ocupar París, tal y como ocurrió el 14 de junio de 1940.

Pero en lo que Llorens insiste es en la conversión política que se produce en Serrano Poncela debido al desengaño que sufrió, pues tras su militancia socialista, luego comunista, desemboca en el totalitarismo del nacionalsocialismo alemán y en un catolicismo en la línea de Maritain, completamente incompatibles, para olvidarse pronto de ello, quizá porque –como zanja Llorens– “de los pobres seres humanos no parece tener nuestro autor un gran concepto” (p. 271). Y todo lo anterior a pesar de que tras la guerra civil española, el padre y el hermano de Serrano Poncela murieran fusilados. Llorens se detiene en una digresión que aparece en su primer libro, *El peregrino español* (1940), cuando al referirse a la guerra civil española, la define como “una guerra de ideologías extranjeras”; lamentándose de las que fueron “víctimas de la malevolencia ajena”, como le ocurrió a él mismo, pues lo responsabilizaron de los asesinatos de Paracuellos; y denuncia a quienes “antaño fueron malos encumbrados señores [que] mandan ho-gaño solamente en sus dineros mal conseguidos”, parece ser que refiriéndose a los

dirigentes políticos que administraron el dinero de la República en el exilio, concediendo solo “limosna” a los refugiados (Llorens, 2006a: 265 y 266).

En su siguiente libro, *El alma desencantada* (1941), Serrano Poncela combate el agnosticismo y el materialismo moderno y predica el retorno al cristianismo. Y, sin embargo, todas aquellas graves insinuaciones no impidieron que en 1947, en un folleto titulado *Documentos políticos editados por la emigración republicana española en Santo Domingo*, recogiera textos de algunos de aquellos dirigentes exiliados, como Rodolfo Llopis y Marcelino Domingo, a los que había criticado en su libro anterior.

Llorens sintetiza muy bien su trayectoria intelectual, sin detenerse en la literaria, por considerar que ya estaba estudiada en diversos trabajos sobre la materia<sup>20</sup>. Quizá las fechas más significativas de la trayectoria vital e intelectual de Serrano Poncela sea 1945, cuando inicia su carrera docente universitaria en Santo Domingo, y que posteriormente lo llevará a Puerto Rico<sup>21</sup> y Venezuela, desarrollando -de forma paralela- una importante carrera como divulgador y ensayista. El primero de esos libros

será *El pensamiento de Unamuno* (1952) y, por lo que se refiere a la ficción, arranca con un volumen titulado *Seis relatos y uno más* (1954). Podría afirmarse, por tanto, que a mediados de los años cincuenta Serrano Poncela ya ha logrado enderezar una trayectoria que parecía más que zigzagueante, pues si el libro de 1952 había aparecido publicado en el F.C.E., de México, los siguientes serán acogidos nada menos que por Sudamericana, Taurus y Losada, y ello sin haberse alcanzado todavía los años sesenta. Lo curioso, tal y como apunta Llorens, es que hubiera llegado a la ficción narrativa partiendo del ensayo, un camino entonces poco habitual, pero es el mismo que siguió, por ejemplo, Ferrater Mora, sin que el filósofo llegara nunca a alcanzar la entidad literaria de Serrano Poncela. Redondea estas páginas Llorens con inteligentes observaciones tanto sobre la visión que Serrano Poncela nos proporciona del trópico en sus narraciones, como sobre sus personajes femeninos, a menudo hermosas mujeres de “intenso erotismo” que equipara con la vegetación propia de la zona. Sea como fuere, el profesor valenciano consigue su propósito declarado, el cual “no po-

---

<sup>20</sup> En 1975, cuando se publica el libro de Llorens, no existían más que breves estudios sobre la narrativa de Serrano Poncela. Quizá los más relevantes y asequibles fueran los que aparecieron en la revista *Ínsula*, obra de José Luis Cano, Jorge Campos, Concha Castroviejo, Pedro Gimferrer, José-Carlos Mainer y José Ramón Marra-López, a los que habría que añadir las copiosas páginas que éste último le dedica en su libro sobre la *Narrativa española fuera de España*. Pueden verse las referencias bibliográficas casi completas en: FMR [Francisca Montiel Rayo] (en Aznar Soler y López-García, 2016, vol. 4: 390-392).

<sup>21</sup> En la Universidad de Puerto Rico, Serrano Poncela fue el jefe de Zenobia Camprubí, a quien Juan Ramón Jiménez se había negado a saludar “porque no había abandonado su país para acabar dando la mano a un asesino” (Trapiello, 2019, 615).



día ser otro que el de trazar sumariamente la historia político-literaria de Serrano en la etapa dominicana”.

Por último, el muralista y pintor José Vela Zanetti<sup>22</sup> también desempeña un papel significativo en esta historia. Su padre, militante socialista, fue fusilado en 1936, lo que lo llevó al exilio cuando contaba 33 años. Se formó bajo la tutela de Manuel Bartolomé Cossío y el pintor José Ramón Zaragoza, y gozó de una beca en Italia, aunque su carrera como pintor se iniciara en Santo Domingo, donde realizó numerosos murales y fue profesor, y luego director, de la Escuela de Bellas Artes. Quizá su obra más relevante sea el mural de la ONU, en Nueva York, que lleva por título *La ruta de la libertad o La lucha del hombre por la paz*, inaugurado en 1953, como regalo de la República Dominicana al organismo internacional, en el que España –por cierto– no consiguió ingresar hasta 1955<sup>23</sup>. Vela Zanetti gozaba entonces de una beca Guggenheim. Pero quizá sus facetas artísticas menos conocidas fueran las de escenógrafo (entonces se le denominaba *decorador*), en obras de teatro y guiñol, y la de ilustrador

de libros (Catulo, Roque Nieto Peña...), al tratarse de dedicatorias meramente ocasionales. Vela Zanetti viviría posteriormente en Puerto Rico, México e Italia. Pero lo que más llama la atención en las páginas que Llorens le dedica es el retrato que traza de él, de su carácter y manera de vestir: “estuvo siempre perfectamente caracterizado de pintor (...). Pero su atuendo –nada bohemio por lo demás– no era simplemente ‘pose’ de artista juvenil, sino más bien la afirmación de una personalidad cuyo triunfo no hacían fácil las circunstancias de la emigración y, menos aún, en un país como Santo Domingo, superpoblado entonces, aunque pasajera, con gentes de su oficio”. Llorens concluye el daguerrotipo destacando “su firme tesón”, “su simpatía personal y (...) sus dotes verdaderamente excepcionales para adaptarse al trato dominicano de gentes”. Un ejemplo de ello podría ser la estrecha relación que mantuvo con el rector de la Universidad, don Julio Ortega Frier, doctorado en Harvard y uno de los pocos dominicanos que no tenían mote, como señal de respeto, quien no solo llegó a cederle una vivienda, sino

---

<sup>22</sup> Vela Zanetti no aparece en el *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939* en el que quizá debería figurar por sus trabajos como decorador teatral e ilustrador de libros de ficción. Sobre su obra, *vid.* Juan Antonio Gaya Nuño, *Vela-Zanetti*, Círculo de Bellas Artes, Madrid, 1963; y Luis Sastre, *Vela Zanetti*, Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural, Madrid, 1974.

<sup>23</sup> El tema de este mural debe insertarse en el contexto de la guerra fría, en la disputa por la idea de la paz entre los países occidentales y los regímenes comunistas. Recuérdese que en 1949 se celebró el Consejo Mundial de la Paz, con apoyo de la URSS, y que a comienzos de los años 50, el PCE conmemoraría en México la paz, de ahí el título de la revista que dirigió León Felipe, *España y la paz* (1951-1955). Preparo un trabajo sobre la incidencia de estas celebraciones en la literatura, tanto en la década de los 50 como, sobre todo, en los sesenta, que culminarían con la celebración de los denominados *XXV años de paz*.

que también lo convirtió en una especie de pintor de cámara familiar. Ortega Frier, además, organizaba en su casa una tertulia nocturna a la que solían acudir los exiliados españoles interesados por la cultura<sup>24</sup> (Llorens, 2006a: 112-114 y 146).

Paso a ocuparme, a continuación, de otros personajes dignos de memoria que Llorens refiere en su volumen. El escritor José Ramón Arana (1906-1973), en cambio, solo realizó una breve estancia en Santo Domingo donde publicó un libro de versos, *Ancla* (1941), que Llorens tacha de juvenil. En uno de sus cuentos, “Xangó. Pasión y muerte del negro Blas”, recogido en *El cura de Almuniaced* (1950), se ocupa de la vida de los negros en la isla, lo que resulta si no una excepción, sí al menos un tema atípico en la producción de los exiliados republicanos, pues aunque la pieza no posea una gran entidad literaria, dada su “connotación social, un tanto desorbitada”, destaca por la presencia de un elemento mágico (un muchacho negro invoca a sus dioses), ausente tanto en los autores dominicanos como en los españoles. Como sabemos, gran parte del exilio de Arana transcurrió en México, donde se afincó en 1942 (Llorens, 2006a: 220, 221, 227-229).

Otro personaje notable con quien coincidió en la isla, mientras esperaba el visado para los Estados Unidos, aunque solo se le cite de pasada, fue el rumano Saul Steinberg, quien unos años después se hizo célebre en *The New Yorker* como ilustrador y caricaturista. Fotógrafos tan prestigiosos como Cartier-Bresson o Inge Morath nos han dejado célebres retratos del dibujante: el primero, con un gato, y la segunda con sus características máscaras. Sin embargo, su relación con España es anterior, pues debido a su colaboración en la revista italiana *Bertoldo*, fundada en 1936 por Giovanni Mosca, Steinberg acabó arquitectura en el Politécnico de Milán en 1940, siendo admirado por los dibujantes de revistas como *Gutiérrez* y *La Codorniz*, entre ellos, Tono y Miguel Mihura<sup>25</sup>.

Aunque Llorens no suela olvidarse de las culturas catalana, gallega y vasca, mostrándose siempre muy respetuoso, no por ello deja de dedicarle una acerada crítica a la novela de Viçens Riera Llorca, *Tots tres surten per l'Ozama* (1946), porque a pesar de que la acción transcurra en Santo Domingo, solo se ocupa de los emigrantes catalanes y europeos, sin referirse nunca al resto de los exiliados republicanos es-

---

<sup>24</sup> Podría trazarse un paralelismo entre el rector dominicano y el puertorriqueño Jaime Benítez, quien tan buena acogida dispensó a los intelectuales republicanos españoles exiliados, empezando por Juan Ramón Jiménez, José Ortega y Gasset, Pedro Salinas, María Zambrano o Francisco Ayala, por solo citar a los más relevantes.

<sup>25</sup> Hace unos pocos años, quizá con motivo de la antológica que le dedicó el Instituto Valenciano de Arte Moderno en el 2002, Eduardo Arroyo reivindicaba los dibujos de Steinberg hechos con tampones de caucho, aunque más que un dibujante lo considerase un pintor. *Vid.* Alberto Anaut, *Exposición individual. 24 horas con Eduardo Arroyo*, La Fábrica, Madrid, 2012, pp. 167 y 307.



pañoles. En un momento dado, cuestiona también el clásico manual de *Historia de la literatura hispanoamericana* de Enrique Anderson Imbert (1910-2000)<sup>26</sup>, pues prescinde de los exiliados españoles que desempeñaron un determinado papel en el desarrollo de aquella literatura, como ocurrió con Granell y su importante participación en la revista *La Poesía Sorprendida*. Este caso le da pie para la siguiente reflexión, cuyo interés excusa su extensión: “Se dirá que (...) el destierro opera beneficiosamente al producir una selección natural en la especie literaria (...) Es cierto, aunque no siempre. Por otra parte, esos manuales literarios [aunque habla en general, creo que no pierde de vista el de Anderson Imbert] que pasan por alto los nombres de los emigrados españoles, no puede decirse que contengan únicamente nombres de genios. Si vamos a disparar tan alto, bien podemos entonces eliminar la historia literaria, que como tal está construida precisamente por todos, grandes, chicos y medianos. Los genios –y en esto tenía razón Croce– no pertenecen a la historia” (Llorens, 2006a: 327).

Llorens nos proporciona una visión tanto del espacio y la atmósfera en la que se desenvuelve su vida en Santo Domingo, sin olvidarse del régimen político impuesto por Trujillo, como de otras personas con los que también se relacionó o simplemente

conoció. Quizá los de más relieve fueran Bernardo Giner de los Ríos (1888-1970), el dibujante Rivero Gil y el criminólogo Constancio Bernaldo de Quirós. El primero llegó a trabajar como arquitecto municipal, hasta que el dictador lo cesó al casarse su hija con el descendiente de una familia rival de Trujillo. Francisco Rivero Gil (1899-1972), discípulo de Bagaría, colaboró antes de la guerra en diversos diarios (*El Sol*, *El Socialista*), revistas ilustradas (*Blanco y negro*, *La Esfera*, *Estampa*) y humorísticas (*Gutiérrez*). Diseñó carteles políticos durante la contienda y el exilio lo llevó primero a la República Dominicana y luego a Colombia y México, donde formó parte del grupo Aquelarre y creó el logotipo del Ateneo Español, a cuya fundación contribuyó. Pero del único que nos proporciona una visión personal es de Constancio Bernaldo de Quirós (1873-1959): “Cuando llegó a Santo Domingo, comenta Llorens, don Constancio era un viejo diminuto, nervioso, pero ágil y muy activo en su trabajo, al que veíamos de vez en cuando muy contento, cargado con un grueso volumen que pesaba más que él, acabado de comprar en alguna librería con los ahorros que le proporcionaba la cátedra que le habían concedido en la Universidad” (pp. 101 y 102).

Algo semejante podría decirse de las tertulias y sesiones musicales en las que Llorens participó. Relata también la travesía

---

<sup>26</sup> No sé qué edición debió manejar Llorens, pero la primera data de 1954, y la última que he podido ver es del 2014. Fue publicado por el F.C.E., de México, en dos volúmenes, y reeditado y actualizado en diversas ocasiones.

en barco, entre Europa y América, si bien una vez instalado en la capital dominicana, critica la burocracia, como “el más grave freno de los adelantos técnicos” (p. 89); comenta el clima y se queja –como no podía ser menos– del calor y del ruido, pero en cambio pondera la variedad de frutas tropicales. Tal vez donde sus dotes como narrador se muestren mejor sea en el relato de la fiesta ritual del *luá*, pues consigue que la distancia crítica conviva con la ironía y el humor. Además, logra cerrar la historia con acierto, rememorando un cuento –creo que del libro *Balsié* (1938)– en el que el sonido reiterado y monótono de los tambores lograba trastornar a negros y mulatos. Su autor fue el periodista escritor y político dominicano Ramón Marrero Aristy (1913-1959), quien tras ocupar diversos cargos bajo las órdenes de Trujillo, acabó asesinado en 1959 por orden del dictador (pp. 89, 90, 93, 95, 109, 168, 169 y 178).

Hay momentos en que el libro tiene algo de diccionario del exilio español en la República Dominicana (pp. 130-139), pero nunca deja de destacar aquello que los individuos tienen de curiosos y notables, como ocurre en el caso de Eduardo Capó, jurista metido a agricultor, y luego a narrador (pp. 122-124 y 258-261). Quisiera detenerme, sin embargo, aunque sea brevemente, en tres filólogos a los que apenas si alude, pero que formaron parte del bagaje literario de

aquellos que nos dedicamos al estudio de la literatura española, como son los casos de Margot Arce Blanco (1914-1990), discípula de Américo Castro y Tomás Navarro Tomás en el centro de Estudios Históricos, profesora luego en el recinto puertorriqueño de Río Piedras y autora de un importante libro sobre *Garcilaso* (1930), que fue su tesis doctoral; de Antonio Regalado González (1892-1977), profesor de Latín y de Lengua española, y docente en las universidades de Pensilvania y Harvard. Y de su hijo, Antonio Regalado (1932-2012), quien dio clase en Yale, Columbia y Nueva York, y fuera autor de importantes libros sobre Calderón, Galdós, Unamuno y Baroja, entre otros (Llorens, 2006a: 131).

Cuenta Llorens que cuando publicó su libro sobre la emigración de 1823, José Gaos le reprochó que no hiciera referencia a la “vida íntima”, privada, de los emigrados liberales, a lo que repuso el valenciano que aunque le hubiera gustado, no habría podido hacerlo por falta de información. En esta ocasión, como hemos visto, aquella carencia ha sido debidamente paliada (Llorens, 2006a: 179). Y, además, varias veces se refiere por comparación a los emigrados liberales de 1823 (Llorens, 2006a: 92, 129, 176 y 179). A ese respecto, debo decir que cuando Vázquez Montalbán escribió su novela *Galíndez*, probablemente la mejor de las suyas, sí tuvo en cuenta el libro de

---

<sup>27</sup> Cf. mi entrevista en *El Mundo*, 15 de abril de 1990, “Manuel Vázquez Montalbán: ‘Tengo que escribir sobre Franco’”.



Llorens<sup>27</sup>, algo que no ocurrió con Andrés Neuman, me lo ha confirmado él mismo, con su no menos excelente novela *El viajero del siglo*, donde uno de sus protagonistas, Álvaro de Urquijo, forma parte del exilio liberal londinense.

El libro de Llorens debe leerse, pues, como el trabajo de un investigador y, sobre todo, el testimonio de un expatriado. Compone, en suma, un retrato humano de los exiliados, sin que falten por ello los datos y el análisis, contado de manera amena, atractiva, en un estilo suelto, realista, no exento de detalles costumbristas y pintorescos, todo tipo de anécdotas, y donde tampoco escasea la ironía, incluso dirigida a sí mismo, ni sobre todo el humor<sup>28</sup>; aunque tratando casi siempre personajes y situaciones con respeto, a la manera cervantina (Llorens, 2006a: 118, 119, 144, 158, 159, 160, 171, 178 y 179; y Aznar Soler, en Llorens, 2006a: 23, nota 10). El volumen posee, además, un valor documental por las fotos (en especial, las que figuran en las pp. 141, 181, 252, 326), las cubiertas de libros poco conocidos (*Ancla*, de J.R. Arana; o la portada de Alloza para los *10 poemas*, de Baltasar Miró), los dibujos, del mismo Alloza, los carteles de Rivero Gil y las excelentes caricaturas de Toni, del que apenas he logrado averiguar nada.

¿Para quién escribimos nosotros?, se preguntaba en 1949 Francisco Ayala, y esa misma cuestión debieron de plantearse, en un momento u otro, los escritores exiliados. He querido rememorar en estas páginas la exquisita formación de Vicente Llorens, lo bien que escribía, cómo supo valerse de los mecanismos habituales de la ficción, para construir sus estudios, los analíticos, y en particular los memorialísticos. Pero si de algo vale mi testimonio, he querido recordar aquí que, cuando menos, don Vicente Llorens escribió también para un grupo de estudiantes españoles que empezaron su licenciatura en Filología Española en la Universidad Autónoma de Barcelona, durante los últimos años de la dictadura, y que leyeron sus trabajos con aprovechamiento y devoción crítica, aunque en España nos perdiéramos su magisterio directo, su trato y su voz<sup>29</sup>.

---

<sup>28</sup> Se encuentran escenas o comentarios humorísticos en las pp. 132, 136, 144, 159, 160, 169, 171, 178, 179 y 190.

<sup>29</sup> Deseo darles las gracias por su ayuda a Montserrat Amores, Gemma Pellicer, Andrés Neuman, Cecilio Alonso y a Manuel Aznar Soler por invitarme a participar en este coloquio.

## BIBLIOGRAFÍA

### *Obras y ediciones de Vicente Llorens*

“Poesía española del destierro. I. El Cid”, *Democracia* (Santo Domingo), 6 de diciembre de 1942, p. 5.

“El destierro del héroe (Poema del Cid)”, *Asomante* (Puerto Rico), abril-junio de 1947, pp. 28-41.

*Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, El Colegio de México (Publicaciones de la NRFH, 3), México, 1954; Castalia, Madrid, 1968<sup>2</sup>, 1979<sup>3</sup>, 2006<sup>4</sup> (Castalia/Biblioteca Valenciana).

*Literatura, Historia, Política (Ensayos)*, Revista de Occidente, Madrid, 1967.

Antonio Alcalá Galiano, *Literatura española siglo XIX. De Moratín a Rivas*, Alianza, Madrid, 1969. Ed. de Vicente Llorens.

José María Blanco White, *Antología de obras en español*, Labor (*Textos hispánicos modernos*), Barcelona, 1971. Ed. de Vicente Llorens.

*Aspectos sociales de la literatura española*, Castalia, Madrid, 1974.

*Memorias de una emigración. Santo Domingo, 1939-1945*, Ariel (*Horas de España*), Barcelona, 1975; Renacimiento (Biblioteca de exilio, 27), Sevilla, 2006a. Ed. de Manuel Aznar Soler.

*El romanticismo español*, Castalia/Fundación Juan March (*Literatura y sociedad*, 48), 1989.

“La discontinuidad cultural española”, *Laberintos*, núm. 2, 2003, pp. 94-106. Presentación de Manuel Aznar.

*Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939*, Renacimiento (*Biblioteca del exilio*, 26), Sevilla, 2006b. Edición, estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler.

### *Sobre Vicente Llorens*

Alonso, Cecilio, y Amparo Ranch Sales, “Vicente Llorens”, en Juan María Calles, ed., *Max Aub en el laberinto del siglo XX*, Biblioteca Valenciana, Valencia, 2003a, pp. 374-385.

—, “Max Aub y Vicente Llorens. Epistolario, 1952-1972”, *Laberintos*, núm. 2, 2003b, pp. 107-130.

—, “Max Aub y Vicente Llorens. Una amistad en el exilio (1952-1972)”, *El Correo de Euclides*, núm. 1, 2006, pp. 162-175.

Amorós, Andrés, “El último curso de Vicente Llorens”, *Ínsula*, núm. 395, octubre de 1979, pp. 4 y 5.

Ayala, Francisco, *Recuerdos y olvidos. 2. El exilio*, Alianza, Madrid, 1983, pp. 13, 161, 197 y 200.

Aznar Soler, Manuel, y Juan P. Galiana Chacón, eds., *Vicente Llorens. El retorno del desterrado*, Biblioteca Valenciana, Valencia, 2006. Catálogo de la exposición.

Aznar Soler, Manuel, “Vicente Llorens y la historia del exilio republicano español de 1939”, estudio introductorio a Llorens (2006a: 7-103).

—, “Vicente Llorens en la Francia de 1939: la encrucijada vital de un intelectual republicano exiliado”, en VV.AA. (2006b: 106-124).

—, y José-Ramón López García, eds., *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Renacimiento (*Biblioteca del exilio*, 30), Sevilla, 2016. 4 vols.

—, y Fernando Durán López, eds., *Espejos retrospectivos y avatares anticipados. Estudios sobre Vicente Llorens*, Renacimiento (*Biblioteca del exilio*, 32), Sevilla, 2017.



- Bauló Domènech, Josefa, “Discontinuidad y exilios. La aportación de Vicente Lloréns Castillo a la historia de la literatura española”, en Manuel Aznar Soler, ed., *Setenta años después. Las literaturas del exilio republicano de 1939*, GEXEL, Barcelona, 2003, vol. 2, pp. 13-30.
- Goytisolo, Juan, “*Liberales y románticos*”, *El País*, 17 de diciembre del 2006, pp. 16 y 17.
- Guillén, Claudio, *De la continuidad. Tiempos de historia y de cultura*, Real Academia Española, Madrid, 2003, pp. 14-36; reproducido en *Laberintos*, núm. 2, 2003, pp. 10-27.
- Lida, Clara, “Vicente Llorens (1906-1979). El hombre, el exilio y la obra”, en José Ignacio Cruz y M<sup>a</sup>. José Millán, eds., *La Numancia errante, exilio republicano de 1939 y patrimonio cultural*, Biblioteca Valenciana, Valencia, 2002, pp. 143-174.
- Mainer, José-Carlos, “La filología española en el exilio: continuidad y discontinuidad”, *Laberintos*, núm. 14, 2012, pp. 216-225.
- Medrano, Guillermina, “Dos valencianos ilustres: Vicente Lloréns y Rafael Supervía”, en Albert Girona y María Fernanda Mancebo, eds., *El exilio valenciano en América. Obra y memoria*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert y Universidad de Valencia, Valencia, 1995, pp. 243-254.
- Ramírez Aledón, Germán, “Ecos del exilio liberal en el exilio republicano”, *Laberintos*, núm. 13, 2011, pp. 123-162.
- Ranch, Amparo, y Cecilio Alonso, “Vicente Llorens Castillo: cartas desde la emigración, 1939-1956. Correspondencia con Eduardo Ranch Fuster”, en Manuel Aznar Soler, ed., *El exilio literario español de 1939*, GEXEL, Sant Cugat del Vallès, 1998, tomo I, pp. 471-488.
- Ranch, Amparo, “Itinerarios culturales y rasgos humanos del profesor Vicente Lloréns Castillo”, en María Fernanda Mancebo, Marc Baldó y Cecilio Alonso, eds., *L'exili cultural de 1939, seixanta anys després*, Universidad de Valencia y Biblioteca valenciana, Valencia, vol. 1, 2001, pp. 363-378.
- , “Escuela Internacional Española. Director: Vicente Llorens Castillo”, en VV.AA. (2006: 79-86).
- Salinas, Jaime, *Travesías. Memorias (1925-1955)*, Tusquets, Barcelona, 2003, pp. 185, 367 y 368.
- Salinas, Pedro, y Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*, Tusquets, Barcelona, 1992, pp. 359, 366, 389, 411, 434, 457, 493 y 552. Ed. de Andrés Soria Olmedo.
- Trapiello, Andrés, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Destino, Barcelona, 2019<sup>4</sup> (corregida y aumentada).
- VV.AA., *Laberintos*, núms. 6-7, 2006. Monográfico sobre Vicente Llorens.